

LA LECHUZA

*“Y allí una misteriosa
voz le ordenó de súbito: ¡Combate,
batalla hombro contra hombro, aliento con aliento,
contra el bostezo helado de las sombras!”*

Rafael Alberti

Una noche, siendo joven de ojos recios yo evocaba,
un pasado envuelto en miedo, bajo la luna sosegada.

Recuerdo la cocina aquella húmeda mañana,
sentado a la mesa, entre mate amargo y tostadas,
cuando próximo al rocío lo adverso entró por la puerta,
era mi padre, con su cara ajada inmersa en tristeza.

Su pesar venía del patio, el de los pobres limoneros,
- Ya llegó- solo dijo, menester de consuelos.

Su angustia indicaba el viejo y derruido galpón,
aquel que el olvido lo había absorbido con aversión.
Mis seis años no eran suficientes para comprender,
lo lúgubre que había arribado y nos hacía palidecer.

Mi padre lloraba velado en su mascara de dureza campestre,
y por ello tomé valor, y me alcé los pantalones con temple.
Fui para allá, para que no lllore más mi progenitor angustiado,
a paso lento, porque del temor yo también estaba lagrimeando.
No sabía a que atenerme, y sabía que lo bueno no me esperaba,
pero si sabía como defenderme, y en voz baja oraba.

Entonces abrí lentamente la puerta de madera maciza,
y el olor a humedad me impregnó hasta las costillas.
Con desconfianza moví oxidadas herramientas e instrumentos,
reteniendo el aliento y con los ojos bien abiertos.
Hasta que al fin apareció el alma que appena,
Escondida en lo más alto del galpón de madera.

Lechuza de mal agüero, -¡Vete a tu casa pájaro sin sol!-
le grité sin voz ni confianza, con menos fuerza que valor.
Sus ojos grandes no me miraban, y su inercia nada ofrecía,
yo desde abajo la observaba y el miedo me descomponía.
-¡Vete por favor!- le repetí despacito para no alterarla,
pero ella no percibía, pues cumplía con solo buscarla.

¿Porqué estaba allí? El mito desconocía, y ella lo ocultaba,
aquel mito que me habían negado varias noches templadas.
-¿Qué buscas?- le pregunté, pero inmutable respondió nada,
mientras sus enormes ojos impávidos se clavaban en la casa.
Me acerqué y le imploré en aquella oscuridad sepulcral,
por mi familia que estaba afligida, que se vaya del lugar.

La lechuza, severa y taciturna, no me observaba ni escuchaba,
solo miraba la casa como si por su esencia vital fuera llamada.
Su plumaje blanco contrastaba con el gris íntimo del galpón,
y su cuerpo irradiaba un hálito misterioso y sobrecogedor.
Yo pasmado, elevando la mirada la contemplaba silencioso,
viendo con desconcierto la leyenda frente a mis ojos.

Enseguida escuché el sonido de unos pasos con decisión,
era mi padre, quien luego meditar, apareció con el escobillón.
Con energía se dirigió al pájaro no querido con el palo en alto,

y Dios mío, lo que allí ocurrió, pues la lechuza pegó un salto,
y mi padre sacudiendo el arma casera con bronca lo zarandó,
pero el bicho hizo algo peor, y profiriendo un grito helado, desapareció.

Ambos quedamos asombrados ante tal suceso sobrenatural,
y mirábamos el techo, del cual caía polvo cristal.
- Era la mismísima muerte- decía mi padre sin cesar,
y yo lo escuchaba sin poder creer tal pesar.
Entonces me aferré a él y su incomprensión,
pues ninguno quería aceptar el destino con razón.

Sin palabras y sin calor, juntos nos fuimos del galpón,
pero la pesadumbre no calló allí, en aquella habitación.

Al otro día lo sabido se consumó,
y una nueva alma del mundo se desvaneció.
Mi papá abatido y sin contención lloró,
porque mi mamita enferma, a la noche falleció.

Pero recuerda pájaro de luceros infernales,
enviado por el mal, de los oscuros espectrales.

Sabes bien que yo ese día no lloré,
no porque no entienda, sino porque algún día me vengaré.

Pájaro de mal agüero, a mi papá hiciste llorar,
Pájaro de mal agüero, a mi mamita lograste llevar.